

☞ CAPÍTULO X.—UNA TAREA
MÁS DIFÍCIL QUE HACER LA-
DRILLOS SIN FUEGO. ✂ ✂

Siempre deseé que no sólo el cultivo de los campos y los trabajos domésticos, sino también las construcciones, fueran en Tuskegee, obra de los alumnos. Mi deseo era hacerles aprender los métodos de trabajo más perfeccionados, primero, en interés de la escuela y, además, para despertar en ellos el sentimiento de la utilidad del trabajo y hacerles comprender su dignidad y su belleza. Quería yo que se acostumbraran á no mirar el trabajo como una carga, y que sintieran el amor del trabajo por el trabajo. En la construcción se utilizaban los procedimientos modernos y aprovechando las fuerzas de la naturaleza, como el agua, el vapor y la electricidad.

Muchas personas combatieron mi idea, sobre todo en lo que concernía á hacer ejecutar los trabajos por los alumnos; pero yo la mantuve tenazmente. Estaba de acuerdo con los que dudaban del éxito de la empresa, en que las primeras construcciones tal vez no serían tan perfectas como las que hubieran ejecutado obreros prácticos; pero ¿no compensaba suficientemente la falta de comodidad ó de belleza el sentimiento de haber contribuído á dar á aquellos jóvenes un medio con que bastarse á sí mismos?

Yo alegaba, además, que la mayor parte de nuestros discípulos que venían de la región de las plantaciones de algodón, de azúcar ó de arroz, eran pobres, muy pobres y no estaban acostumbrados á habitar más que cabañas miserables. Claro que habrían preferido instalarse desde luego en cómodos edificios; pero me parecía un método preferible hacerles seguir una profesión normal y enseñarles, desde luego, á construir sus propias habitaciones. De antemano podía asegurarse que íbamos á cometer errores; pero también estos errores nos serían útiles en lo porvenir. Hace diez y nueve años que la escuela normal de Tuskegee existe y este principio mío de hacer construir los edificios por los alumnos, ha sido constantemente puesto en práctica. Durante este lapso de tiempo se han levantado cuarenta pabellones y, exceptuando cuatro, son todos obra de ellos. Uno de los resultados es que, actualmente, centenares de individuos, esparcidos por el Sud, se han visto en la necesidad de utilizar las lecciones prácticas que recibieron á nuestro lado. Tenemos el cuidado de instruirles en todos los grados de este conocimiento, de tal modo, que nuestros discípulos y nuestros maestros son capaces de construir un edificio en todas las dimensiones; no solamente saben trazar todos sus planos, sino también ejecutar todos los trabajos é instalar en él todos los aparatos eléctricos, sin que sea necesario llamar en su ayuda á un solo obrero extraño.

De este modo lográbamos también que los discípulos tuvieran por los edificios, cuidados especialísimos. Más de una vez he oído á uno de los antiguos decirle á otro nuevo que pretendía hacer un desperfecto en el muro ó con el lápiz ó con el cortaplumas: «No la maltrates; es nuestra casa, yo he ayudado á construirla.»

Lo que fué para mí más penoso, en los comienzos,

fué la fabricación de ladrillos. Tuvimos que pensar en ello, después de haber organizado el trabajo de la hacienda; teníamos necesidad de ellos para construir y no existía fábrica de ladrillos en Tuskegee. Y no solamente los necesitábamos, sino que había demanda general de ellos en el mercado.

Yo había compadecido á los hijos de Israel, obligados á hacer ladrillos, sin fuego; pero á nosotros nos incumbía una tarea mucho más difícil; la de hacer ladrillos sin dinero y sin experiencia.

Este trabajo era penoso y sucio; por eso me costó al principio, una brega inaudita imponerlo á mis discípulos. Aprovecharon principalmente esta ocasión para manifestar el disgusto que les causaba ejecutar á la vez, el trabajo manual y los estudios. Realmente no era muy agradable permanecer durante largas horas en una balsa con fango hasta la rodilla y hubo algunos, que, disgustados de semejante trabajo, abandonaron la escuela.

Fué necesario hacer ensayos en varios terrenos hasta encontrar la arcilla necesaria para la fabricación de los ladrillos. Hasta entonces yo había considerado esta fabricación como una cosa fácil; pero pude aprender, á costa mía, cuánta habilidad y experiencia se necesita, sobre todo en lo relativo á la cocción. Después de muchos esfuerzos, logramos moldear unos veinticinco mil ladrillos: no nos faltaba más que cocerlos, pero la cocción falló, por falta de un horno á propósito. En seguida comenzamos una segunda hornada, que falló también. Los estudiantes se iban desanimando. Pero muchos maestros de escuela, que se habían educado en Hampton nos ofrecieron sus servicios y gracias á ellos, pudimos preparar una tercera hornada. La cocción exigía una semana. A fines de la semana, cuando nos creíamos en

posesión de algunos millares de ladrillos, se hundió nuestro horno durante la noche. Era el tercer fracaso.

No tenía ni un dollar, después de aquella tentativa, para renovar los ensayos; casi todos los maestros opinaban que debía abandonarse la fabricación de ladrillos. Recordé yo entonces que tenía un reloj; lo tomé y me fui á llevarlo á la ciudad de Montgomery, que estaba cerca, y donde encontré un Montepío. Me entregaron, á cambio del reloj, quince dollars que me bastaron para renovar la experiencia. Volví á Tuskegee y con mis quince dollars levanté los ánimos de mis auxiliares y volvimos á empezar el cuarto ensayo. Esta vez fuimos más afortunados. Cuando expiró el plazo para desempeñar mi reloj, no tenía dinero disponible; así es que no he vuelto á verlo más. Puedo afirmar que no he sentido la pérdida.

La fabricación de ladrillos ha llegado á ser una industria de tal importancia en Tuskegee que, el año pasado, nuestros alumnos fabricaron 1.200.000 ladrillos de primera calidad que encuentran compradores en cualquier mercado. Además, esta industria, ha permitido á una infinidad de jóvenes crearse una profesión que, ahora, ejercen provechosamente en muchas ciudades del Sud.

La fabricación de ladrillos me proporcionó ocasión de hacer agradables experiencias en mis relaciones con las dos razas del Sud. Gran número de blancos que no sentían por nosotros ninguna simpatía y que no tenían ninguna relación con la escuela, venían á comprar nuestros ladrillos, porque se habían dado cuenta de que eran buenos. Habíamos logrado llenar un verdadero vacío en las necesidades del municipio aquel. Todos los blancos que, hasta entonces, no habían querido creer en la perfectibilidad de la raza negra, comenzaban á

cambiar de opinión, viendo que, por medio de su trabajo, nuestros alumnos contribuían al bienestar y á la riqueza general. Nuestro comercio de ladrillos nos ponía en relaciones con muchas personas con las cuales entablamos, á continuación, más sólido conocimiento; teníamos intereses comunes; nosotros les procurábamos lo que ellos necesitaban y por su parte, ellos nos daban lo que á nosotros nos hacía falta. De este modo establecimos relaciones de amistad con los blancos de la región que, bien pronto, se hicieron extensivas á todos los blancos del Sud.

Gracias á su oficio, cada vez que uno de nuestros alumnos ha ido al Sud, ha encontrado el modo de hacerse útil al municipio en que vivía y el municipio se le ha sentido obligado y en cierto modo, tributario. Así han nacido y se han desarrollado relaciones de armonía entre ambas razas.

He observado que hay algo en la naturaleza humana que nos fuerza á reconocer y á recompensar el mérito, cualquiera que sea el color de la piel bajo la cual se esconda.

Pero el mérito que se demuestra de una manera visible y concreta, es el que tiene la virtud más poderosa para disipar, en el acto, los prejuicios; y la vista de una casa confortable, construída por un negro, convencerá más pronto de las capacidades del negro, que una larga discusión encaminada á demostrar que podría ó debería construirla. Este mismo principio nos ha llevado á emprender la fabricación de coches, carros y berlinas. Actualmente poseemos docenas de vehículos y nos servimos de ellos para las necesidades de la escuela y de la granja. Son obra de nuestros discípulos y los hemos fabricado también para la venta. Al construir nuestros coches y al repararlos, prestábamos también, como

al fabricar ladrillos, servicios positivos al municipio. Y la verdad es que suele andarse con tiento antes de reñir con un hombre del que se puede tener necesidad.

Aquel que, de cualquier modo que sea, logra hacerse indispensable, acabará por hacer carrera, tenga como tenga el color de la piel. Si llega un hombre á un municipio bien preparado para dar lecciones de griego, tal vez no encuentre gentes dispuestas á aprender el griego y tal vez nadie comprenda la utilidad de semejante enseñanza; pero seguramente que todas las gentes, en aquel municipio, tendrán necesidad de ladrillos, de casas y de coches. Por consiguiente, si el que quería iniciarles en el estudio del griego, puede ante todo satisfacer sus necesidades materiales, tal vez las llevará por este camino á pedirle lecciones de griego, á apreciarlas y á aprovecharlas finalmente.

En la época en que comenzamos á fabricar nuestros primeros ladrillos, nos fué necesario responder categóricamente á las enérgicas observaciones de nuestros alumnos que se negaban á ejecutar aquel trabajo manual que pretendíamos imponerles. Corrió por el Estado, la voz de que los que quisieran hacer sus estudios en Tuskegee se verían obligados, fuera cual fuera su fortuna á aprender un oficio. Nos llegaron cartas numerosas de los padres protestando de que se impusiera á sus hijos la obligación de trabajar con sus manos durante su permanencia en el colegio. Otros venían á protestar personalmente y la mayor parte de los nuevos discípulos nos traían una carta en la que sus padres manifestaban el deseo de que los dedicáramos exclusivamente á estudios intelectuales. Cuantos más libros, cuanto más grandes eran y más largos sus títulos, más contentos parecían los padres y los alumnos.

Estas protestas me inquietaron poco; pero no perdí

oportunidad de viajar por todos los rincones del Estado para hablar al pueblo y para tratar de convencer á los padres, de la necesidad de la enseñanza profesional. Adoctrinaba, también, de esta necesidad á mis discípulos y á despecho de la impopularidad del trabajo manual, la escuela crecía de tal modo, que á fines del segundo año, teníamos cerca de ciento cincuenta alumnos originarios del Estado de Alabama y de otros estados vecinos.

En 1882, durante el verano, miss Davidson y yo nos dirigimos al Norte, á fin de reunir los fondos necesarios para la terminación del nuevo local. Por el camino, me detuve en New-York, con objeto de pedirle á un personaje influyente de la obra de las misiones, con quien había trabado amistad algunos años antes, una carta de recomendación. No solamente me negó toda recomendación, sino que me aconsejó vivamente que me volviera á casa porque estaba seguro de que fracasarían todas mis tentativas para encontrar dinero y de que apenas si recogería lo necesario para pagarme los gastos de viaje. Le di las gracias por sus consejos y continué mi camino.

Detúveme primeramente en Northampton (Massachusetts), donde pasé medio día buscando una familia de negros que quisiera alojarme, convencido como estaba de que los hoteles me cerrarían sus puertas. Cuando me enteré de que no me costaría trabajo ninguno hacerme recibir en un hotel, tuve una verdadera sorpresa.

Fuimos lo bastante afortunados para reunir una cantidad suficiente y el «*Día de la acción de gracias*» del mismo año, ya pudimos celebrar nuestro primer servicio religioso en la capilla del «Porter Hall» aunque el edificio no estaba terminado.

Buscando un predicador para aquel día de fiesta, tu-

ve la suerte de encontrar al hombre más cabal que me haya sido dado encontrar en mi vida, el reverendo Roberto C. Bedford, un blanco de Wisconsin, que por aquel entonces era pastor en una pequeña iglesia de Montgomery (Alabama.) Hasta entonces no había oído hablar de él, ni él, por su parte, me conocía. Aceptó gustosamente el venir á Tuskegee para celebrar allí el servicio de acción de gracias. Los negros no habían asistido nunca á un servicio de este género y lo siguieron con especialísimo interés. La vista del nuevo pabellón hacía este día memorable para todos.

El reverendo Robert C. Bedford entró inmediatamente á formar parte de nuestro consejo de administración y durante diez y ocho años, nos ha prestado en calidad de miembro de él, importantísimos servicios. Desde el primer momento hizo suyos los intereses y el honor de la escuela; nunca es más feliz que cuando puede prestar á nuestra obra algún servicio, por pequeño que sea. En toda cosa hace abnegación de sí mismo y se encarga de aquello que rechazarían los demás. De cuantos hombres he tratado, es el que más parece acercarse al espíritu de Cristo.

Algo más tarde, hicimos una excelente adquisición, en la persona de un joven, recién salido de Hampton, sin cuyo concurso la escuela no habría sido lo que es actualmente. Me refiero al señor Warren Dogan que, desde hace diez y siete años es tesorero del instituto y me reemplaza cada vez que tengo que ausentarme. Ha dado siempre pruebas de un olvido completo de sí mismo y de un tacto exquisito para los negocios, acrecentado de un juicio tan seguro que la escuela no se ha resentido nunca de mis ausencias, por mucho que éstas se hayan prolongado. En todas las dificultades financieras su paciencia y su fé en el éxito final, son su salvaguardia.

Aún no estaba terminado nuestro primer edificio, cuando ya pensábamos habitarlo para instalar en él los pensionistas. Pero no pudimos realizar nuestro deseo hasta mediados del segundo año escolar.

Nos llegaban los alumnos de tan lejos y en tal número, que comprendimos claramente la inutilidad de nuestros esfuerzos, hasta que lográramos influir eficazmente en la vida individual de cada uno.

Fuera de los alumnos y de sus buenos deseos, no teníamos ninguna base con qué abrir un internado. No habíamos pensado en instalar una cocina, ni un comedor. Fortuna que, cavando la tierra, podríamos instalar, en subsuelo, dos piezas que sirvieran para el caso. Una vez más recurrí á la buena voluntad de mis discípulos para que llevaran á cabo aquel trabajo de remoción de tierra. Al cabo de algunas semanas teníamos lo que deseábamos; dos locales primitivos, pobres y verdaderamente poco confortables á la vista. El que hoy los viera creería con dificultad que hicieron entonces las veces de comedor.

Pero no todo se reducía á poseer una cocina; eran necesarios utensilios y dinero con que comprarlos. Poco me importaban las deudas; teníamos la seguridad de que gozábamos de crédito para adquirir todo lo necesario. Confieso que, por aquel entonces, más bien me avergonzaba la confianza que todos tenían en mí, cuando yo la tenía tan escasa. No era muy hacendera la cocina sin hogar, ni el comer sin platos. Al principio tratamos de cocinar á la antigua usanza, al aire libre, sobre hogueras improvisadas y en cazos y marmitas de bajo precio. Utilizamos como mesas los bancos de los carpinteros que trabajaban en la construcción y nuestra vajilla era tan escasa, que más vale no citarla.

Los que tenían á su cargo las comidas, carecían en

absoluto de toda noción respecto al orden con que debían servirlos y de aquí nacían para nosotros constantes preocupaciones. Nada estaba á punto: reinaba un desorden absoluto y durante las dos primeras semanas, no pasaba comida sin algún incidente desagradable. Unas veces la carne estaba cruda y otras, abrasada. Cuando no habían olvidado la sal en el pan, olvidaban el preparar el té. Una mañana, estaba yo en la puerta del refectorio, desde donde podía oír las quejas de los alumnos, aquel día más vivas que nunca porque todo el almuerzo resultó malo. Recuerdo que una de las muchachas se marchó de la mesa para dirigirse al pozo y consolarse, con el agua, del almuerzo que no había podido probar. Al llegar al pozo, encontró la cuerda rota y tuvo que prescindir también del agua. No sabiendo que yo pudiera oírlo, marchóse, diciendo con desaliento: «¡Ni agua hay en esta escuela!» Ninguna queja me ha conmovido tanto como esta.

Algún tiempo después de esto, M. Bedford, uno de nuestros administradores y un amigo devoto de la institución, de quien he hablado ya, vino á hacernos una visita. El cuarto que ocupaba estaba situado encima del comedor y un día le despertó bruscamente una viva discusión entre dos alumnos que se disputaban una taza de café. Uno de ellos demostró que durante tres días consecutivos no había podido tomar café y se llevó la victoria.

A fuerza de perseverancia y de paciencia, logramos salir de aquel estado de confusión, como acontece siempre con las dificultades, cualquiera que sea su naturaleza y sólo á condición de no abatirse en vista de ellas.

Cuando recuerdo esta época de nuestra historia, no me lamento de haberla vivido. Creo que fué para nosotros un gran bien comenzar por obstáculos y dificulta-

des. Estoy convencido de lo ventajoso que fué para nuestros alumnos tener que instalar por sí mismos su cocina y su refectorio.

No me quejo del local sombrío, mal aireado y húmedo que tuvimos que habitar. Una cómoda instalación desde el principio, tal vez se nos hubiera subido á la cabeza en forma de orgullo. No á todo el mundo le es posible continuar una obra sobre los cimientos echados por sí mismo.

Y hoy día, cuando nuestros antiguos discípulos vienen á Tuskegee, lo que acontece con frecuencia y ven nuestro hermoso refectorio, espacioso y bien aireado; los alimentos apetecibles y bien preparados, productos cultivados por nuestros alumnos, que se sirven sobre mesas cubiertas de manteles y servilletas de una blancura irreprochable; cuando ven que hay jarros con flores en las mesas; cuando oyen en el comedor canto de pájaros; cuando pueden comprobar que la comida se sirve con diligencia y orden perfectos, sin que profieran una sola queja los centenares de alumnos reunidos, estos discípulos antiguos me aseguran que no se arrepienten de nuestros comienzos y que les parece preferible haber llegado á tan hermoso resultado, poco á poco, por medio de un progreso lento y gradual.

☞ CAPÍTULO XI.—NUESTROS
ALUMNOS FABRICAN SUS CAMAS ANTES DE ACOSTARSE EN
ELLAS. ☞ ☞ ☞ ☞ ☞ ☞ ☞

Algún tiempo después hizo época en la historia de nuestra escuela, la visita del general J. F. B. Marshall, el tesorero del instituto de Hampton, que no había vacilado en prestarnos la suma necesaria para adquirir nuestra hacienda. Pasó entre nosotros una semana completa y realizó una inspección minuciosa. Pareció satisfecho de los progresos que habíamos realizado y envió á Hampton informes muy halagüeños. Después recibimos la visita de miss María F. Mackie, la que, en Hampton me había hecho sufrir el examen de «barrido»; finalmente le tocó el turno al general Armstrong en persona.

En la época de aquellas visitas se hallaba considerablemente aumentado el número de los maestros en el instituto de Tuskegee y casi todos eran antiguos discípulos del de Hampton. Nuestros amigos de la antigua casa y principalmente el general Armstrong fueron recibidos con entusiasmo. Todos se sorprendieron agradablemente de los rápidos progresos realizados por nuestra escuela en tan poco tiempo. Multitud de negros de algunas millas á la redonda, hicieron un viaje para

ver al general Armstrong del que tanto habían oído hablar. La acogida fué tan cariñosa por parte de los blancos como por parte de los mismos negros.

Durante aquella visita pude formarme una idea cabal del carácter del general Armstrong y de sus sentimientos para con los blancos del Sud. Hasta entonces yo había creído que el general no podría abrigar más que sentimientos de animosidad contra los blancos del Sud, que habían sido sus adversarios, y que todo su interés lo reservaba para la causa de los negros.

No tardé en convencerme de que estaba muy lejos de sospechar la grandeza de alma y la generosidad de aquel hombre. En sus visitas y en sus empresas se descubría una solicitud igualmente viva por la prosperidad de ambas razas. No abrigaba ningún sentimiento de odio contra los blancos del Sud y, en toda ocasión, gustaba de manifestarles su simpatía. Su ejemplo fué para mí una enseñanza que me convenció de que las grandes almas no hacen más que profesión de amor; únicamente las almas mezquinas pueden cultivar el odio. Comprendí también que los que socorren al débil se robustecen á sí mismos y que oprimir á los desdichados debilita á los opresores.

La conducta del general Armstrong me inspiró estas reflexiones hace mucho tiempo y, desde entonces, he procurado siempre guardarme de rebajar mi alma hasta el punto de odiar á un hombre, cualquiera que sea el color de su piel. Creo poder afirmar que en mi alma ha desaparecido todo sentimiento de animosidad contra el daño que los blancos del Sud han hecho á mi raza. Hoy día experimento la misma satisfacción prestando un servicio á un blanco que á uno de los míos. Y compadezco profundamente á los que tienen la costumbre de fomentar prejuicios y odios de raza.

Cuanto más lo pienso, más comprendo que son igualmente perjudiciales á los negros y á los blancos las prácticas que éstos últimos se han creído obligados á adoptar para privar á los negros del derecho de voto. El perjuicio causado al negro es únicamente momentáneo; pero el atentado á la moralidad del blanco es permanente. Más de una vez he podido comprobar que cuando un blanco se vende para anular el voto de un negro, acaba por usar de estos bajos procedimientos en otras circunstancias de la vida y ya no solamente contra el negro, sino contra el blanco mismo. El que engaña á un negro no tarda mucho en engañar á un blanco; el que pisotea la ley linchando á un negro hará pronto lo mismo con un blanco. Todas estas consideraciones me llevan á desear que la nación entera inter venga para ayudarnos en nuestra lucha contra la ignorancia que todavía pesa sobre el Sud.

También es digno de tomarse en cuenta el hecho de que el sistema educativo del general Armstrong gane cada día terreno en nuestro país. Hoy día casi no hay estado en el Sud donde no se dé la enseñanza profesional á los hombres como á las mujeres y el honor de esta iniciativa recae por entero sobre el general Armstrong.

Apenas inaugurada la modesta instalación para pensionistas, se nos presentaron nuevos alumnos. Durante largas semanas tuvimos que hacer todas las combinaciones imaginables para alimentarles sin tener un céntimo y para improvisarles, en un rincón, ropa y camas donde dormir. Al efecto alquilamos, en los alrededores de la escuela unas cuantas cabañas. Estas cabañas estaban ruinosas y los estudiantes que las ocupaban se morían de frío en los meses de invierno. No cobrábamos más que ocho dollars mensuales por la pensión de los estu-

diantes; tampoco habrían podido pagarnos más. En este precio iban comprendidos, la comida, el hospedaje, la luz y la colada. Descontábamos de este precio todo trabajo que les plugiera hacer y que resultara de alguna utilidad para la casa. Los gastos de estudio ascienden por año, para cada alumno, á unos cincuenta dollars, y esta suma, entonces como ahora, nos veíamos obligados á procurárnosla del modo que podíamos.

Un precio tan mínimo de pensión no podía proporcionarnos el capital suficiente para organizar un internado en buenas condiciones. El invierno de nuestro segundo año escolar fué excesivamente riguroso. No teníamos la necesaria cantidad de mantas que proporcionar á nuestros alumnos para garantizarlos contra el frío. Durante algún tiempo carecimos también de camas y colchones.

Con frecuencia me acontecía no poder dormir yo mismo pensando en el frío que deberían pasar mis discípulos. A veces me levantaba, á altas horas de la noche, para ir á verles en sus cabañas y confortarles con mis palabras; los había que, envueltos en la única manta que habíamos podido proporcionarles, se mantenían arrebujados cerca del fuego para calentarse un poco; otros no se acostaban en toda la noche. Una mañana, después de una noche horriblemente fría, ordené que levantaran el dedo los que hubieran creído morir helados. Hubo tres. Todo esto no arrancaba una queja á los alumnos, que estaban convencidos de que hacíamos por ellos cuanto nos era posible. Tenían bastante con hallarse en condiciones de mejorar su situación y no dejaban de preguntar á los maestros lo que podrían hacer para aligerar su carga.

En diferentes ocasiones he oído decir, que los negros no respetarían la autoridad representada por uno de

los suyos. A esta afirmación puedo responder con un hecho. Durante mis diez y nueve años de carrera en Tuskegee, no he tenido que señalar una sola palabra ni un acto irrespetuoso en mis discípulos ó en cualquiera de las personas que están á mi servicio. Por el contrario, las numerosas muestras de consideración de que soy objeto á cada paso me confunden. Jamás me han visto mis discípulos cargado con un libro ó con una maleta, sin precipitarse á descargarme. Si llueve, no puedo salir de mi despacho sin que se me acerque algún alumno ofreciéndoseme para aguantarme el paraguas.

Esto me lleva como de la mano á hacer constar que, tampoco en mis relaciones con los blancos del Sud he tenido que soportar una sola afrenta personal. Los blancos de Tuskegee y de los alrededores llegan á considerar como un privilegio el demostrarme su consideración, lo que, en ocasiones, les cuesta algún sacrificio.

No hace largo tiempo viajaba por Tejas, entre Dallas y Houston. Se había esparcido la voz de que yo iba en el tren y representaciones de los blancos de todas las estaciones, principalmente los funcionarios de cada población, venían á saludarme y expresarme su gratitud por la obra que había emprendido en el Sud.

Más tarde, un día en que me dirigía á Atlanta, sintiéndome en extremo fatigado tomé un *Pullman-car*. Al subir al tren, vi á dos damas de Boston á quienes conocía perfectamente. Aquellas damas ignoraban en absoluto las costumbres del Sud y, con toda inocencia de alma, me obligaron á instalarme al lado de ellas, lo que hice no sin alguna vacilación. Apenas me hube colocado allí, una de las damas encargó cena para tres personas, lo que aumentó todavía mi embarazo. El compartimento estaba lleno de blancos del Sud que no apartaban sus ojos de nosotros. Cuando me enteré de que

habían encargado la cena busqué un pretexto para cambiar de sitio, pero fué inútil; ambas señoras se empeñaron en que las acompañara. Por fin me resigné diciéndome: «Lo que es esta vez no me escapo del escándalo».

Para hacer todavía más embarazosa la situación, una de las damas recordó que tenía en su saco de viaje un té excelente que deseaba ofrecernos y, no queriendo confiarlo á los cuidados del cocinero, se dispuso á prepararlo por sí misma. Finalmente se acabó aquella comida que me pareció la más larga de mi vida. Con objeto de poner término á la penosa situación, manifesté mi deseo de trasladarme al compartimento de fumadores y contemplar el paisaje. Pero durante aquel tiempo alguien había pronunciado mi nombre en el vagón y los pasajeros me reconocieron. Nunca he tenido una sorpresa igual á la que me esperaba en el departamento de fumadores. Casi todos cuantos se encontraban en él, ciudadanos de la Georgia en su mayor parte, vinieron á estrecharme la mano y á expresarme su reconocimiento por lo que estaba haciendo en el Sud. Y no eran adulaciones interesadas por su parte, porque todos conocían muy bien que nada podían esperar de mí.

Desde mis comienzos quise hacer sentir á los alumnos que Tuskegee no era obra mía ni de los maestros, sino suya propia; que debía cada uno de ellos interesarse en la buena marcha de la casa tanto como cualquiera de los profesores ó administradores, y, principalmente, que debían considerarme como su amigo y consejero, más que como su censor. Deseo que me hablen con toda franqueza y sin rodeos de los intereses de la escuela. Pido á mis alumnos que me dirijan, dos ó tres veces al año, una carta, consignando las críticas, quejas y proposiciones que les sugiera la organización ó la

marcha de la escuela. Aparte de esta información por escrito, les reúno en la capilla para hablar sinceramente con ellos de lo que conviniere á la escuela. No hay reunión de los estudiantes que me sea más grata ni que con mayor utilidad secunde mis planes. Nada aprovecha tanto á un hombre como sentir, á la vez, la responsabilidad que pesa sobre sus espaldas y la confianza que los demás depositan en él.

Cada vez que leo el relato de alguna huelga comprendo mejor que las disensiones entre patronos y obreros podrían evitarse, si los primeros adquirieran la costumbre de hacerse más accesibles á sus obreros y de consultarles sobre las decisiones que quisieran tomar ó las convicciones que abrigan, haciéndoles sentir que sus intereses son recíprocos. Únicamente de la confianza, puede nacer la confianza. Y esto es todavía más cierto, en el caso particular de la raza negra. En cuanto les hayáis convencido de que os interesáis por ellos, haréis de los negros todo cuanto se os antoje.

Yo me había propuesto hacer construir por los alumnos, no solamente todos los edificios de Tuskegee, sino, en lo posible todo el mobiliario. Todavía admiro hoy la paciencia de aquellos alumnos que dormían en el suelo, esperando que les construyeran una cama, ó que se contentaban con una cama sin colchones esperando que les proporcionaran algo parecido á ellos. Al principio teníamos pocos alumnos entendidos en carpintería y las camas fabricadas por ellos resultaban inconsistentes y rudimentarias. Con frecuencia me acontecía, al pasar mi revista por las mañanas, encontrar que muchos alumnos habían preferido dormir en el suelo. ¿Cómo procurarnos colchones? El problema era difícil de resolver. Finalmente logramos salir del apuro comprando tela barata, con la que fabricábamos enormes sacos que

llenábamos de hojas secas de pinos, recogidas en los bosques vecinos. Debo añadir que la fabricación de colchones ha progresado desde entonces y que constituye una de nuestras industrias favoritas, en la que iniciamos á algunas muchachas, y llegan á fabricarlos con tal perfección que pueden competir con los fabricados en los almacenes ordinarios. Durante algún tiempo nos faltaron sillas para los cuartos de los alumnos y para el comedor. A guisa de sillas nos servíamos de unos taburetes compuestos de tres tablones mal clavados. Por lo demás, el moblaje de los cuartos de los alumnos, era completamente rudimentario en los primeros tiempos, y se componía de una cama, algunos taburetes y, á veces, una mesa, fabricado todo por ellos mismos. Nunca hemos abandonado nuestro principio de hacer fabricar los muebles por los alumnos; por el contrario; el número de muebles ha ido aumentando y la labor material se ha perfeccionado tanto que no deja nada que desear.

Una de mis principales campañas en Tuskegee ha sido el hábito de la limpieza. En los comienzos de nuestra obra, y ahora como entonces, no me cansaba de repetir á nuestros alumnos que la pobreza, la estrechez y la penuria son perdonables, pero no la suciedad. Otro de los puntos sobre los cuales he insistido siempre es el uso del cepillo para los dientes. «El evangelio del cepillo para los dientes» como lo llamaba el general Armstrong, forma parte de nuestra profesión de fe. Para conquistar el derecho de permanecer en Tuskegee, es necesario poseer un cepillo para los dientes y servirse de él. Con frecuencia hemos visto llegarnos alumnos sin otro equipaje que un cepillo para los dientes. Habían sabido, por antiguos discípulos nuestros, la importancia que le atribuíamos y, para producir buena impresión en nuestro ánimo, se procuraban, por lo menos, ese

utensilio. Recuerdo que un día, pasando revista con la directora, recorrimos los cuartos de las menores; entre ellos había uno habitado por tres niñas recién llegadas. Cuando les pregunté si tenían cepillo para los dientes me respondió una de ellas, mostrándomelo: «Sí, señor; ayer nos lo compramos juntas.» No tardaron en comprender que el tenerlo no bastaba. No carecía de interés para nosotros el ir comprobando los efectos del uso del cepillo para los dientes sobre los grados de cultura de nuestros discípulos. Con muy pocas excepciones observé que podían fundarse esperanzas sobre todo alumno que, por su propia iniciativa, reemplazaba su primer ó su segundo cepillo para los dientes cuando se le deterioraba por el uso. Exigimos siempre una limpieza absoluta en los cuidados del cuerpo. Nuestros discípulos, aun antes de que pudiéramos proporcionarles sala de baños, aprendían á bañarse con la misma regularidad con que se come. Muchos de estos discípulos nos llegaban de los distritos rurales y, con frecuencia, era necesario enseñarles el modo de acostarse en la cama; es decir, entre las sábanas y no encima de las dos, cuando fuimos lo bastante ricos para proporcionarles dos. Como es natural, me era bastante difícil enseñarles á acostarse entre dos sábanas, cuando no podía darles más que una. Fué también necesario enseñarles á servirse de la camisa de dormir.

Lo que costó más trabajo fué acostumbrarles á sustituir los botones que se les caían de los trajes, á remendar los desgarrones y á quitarse las manchas. Pero hemos acabado por lograr que estos hábitos de orden arraiguen profundamente; que se transmitan de promoción en promoción y que muchas veces por la tarde, al salir de la capilla y pasar revista, lo que se hace á diario, no se note la falta ni de un solo botón.